

EL COMPROMISO DEL HISTORIADOR. CONVERSACIÓN CON ANTONIO MORALES MOYA

Mariano Esteban de Vega

La trayectoria de Antonio Morales Moya (Melilla, 1933) presenta, dentro del panorama historiográfico español, notables rasgos de originalidad. En primer lugar, se trata de un historiador tardío, licenciado en Filosofía y Letras a los treinta y siete años y doctor en Historia a los cuarenta y ocho, tras haber cursado previamente la licenciatura de Derecho y contar con una amplia experiencia en la Administración pública como miembro del Cuerpo Superior de Administradores Civiles del Estado. Sin embargo, en apenas veinticinco años de dedicación plena a nuestra profesión, como profesor no numerario y profesor titular en la Universidad Complutense de Madrid y, ya como catedrático, en activo o emérito, en Salamanca y en la Universidad Carlos III de Madrid, ha desarrollado una intensa labor en todos los órdenes de la actividad universitaria. Su amplia formación intelectual, una energía inagotable, una curiosidad universalista y un firme compromiso con la independencia y la libertad, han sido las premisas fundamentales sobre las que se asienta su trabajo de historiador. A comienzos de 2008 aparecerá *En el espacio público. Ensayos historiográficos* (Ediciones Universidad de Salamanca), un libro que recoge trabajos especialmente representativos de su producción historiográfica.



P. A diferencia de la mayoría de los historiadores españoles de tu generación, tu incorporación a nuestro oficio se produce cuando ya contabas con un amplio bagaje cultural y profesional. Los años cincuenta, los de la Facultad de Derecho, fueron años decisivos en tu formación. ¿Podrías recordarnos aquellos años?

R. Yo llegué a la Facultad de Derecho, en el viejo caserón de la calle de San Bernardo de Madrid, en octubre de 1951. De aquella Facultad flotan en mi recuerdo algunos tipos extravagantes y perduran profesores excelentes: Galo Sánchez, Ursicino Álvarez, Federico de Castro, Nicolás Pérez Serrano, Joaquín Garrigues, Alfonso García Valdecasas, o los jóvenes Eduardo García de Enterría y Manuel Alonso Olea. Lo peor de la postguerra, aquella época atroz de los exámenes patrióticos y del brazo

EGOHISTORIA

alzado, que recuerda don Julio Caro en *Los Baroja*, ya había pasado. En las clases, junto a los grandes nombres, Ihering, Savigny, Kelsen, Hariou, Duguit..., empezaban a reaparecer las huellas de la tradición liberal. Por ejemplo, Torres López, un excelente profesor de Historia del Derecho, nos remitía a Hinojosa y Sánchez Albornoz; Pérez Serrano a Adolfo Posada... En la biblioteca del Aula Valdecilla las sombras de los krausistas, de quienes apenas sabíamos nada hasta entonces, empezaron a tomar contornos precisos: en aquellas aulas habían profesado sus cursos de doctorado don Francisco Giner de los Ríos y don Gumersindo de Azcárate; allí daba sus clases don Marcelino Menéndez Pelayo. Estaba además el entorno que rodeaba a la Universidad: en la calle de la Estrella permanecía la casa donde vivió Sanz del Río, en la de las Minas, Miguel Morayta, en San Bernardo, Emilia Pardo Bazán, en Espíritu Santo, El Amigo Manso, profesor del Instituto Cisneros... Estudiábamos y paseábamos inmersos, por tanto, en verdaderos «lugares de memoria» del Madrid liberal.

Profesábamos también un patriotismo muy sincero. Creíamos, influidos por el 98, que los falangistas críticos habían recuperado, que el amor a España exigía conocerla profundamente y que ese conocimiento nos llegaría con una relación física, casi carnal, sumergiéndonos en ella. Con este espíritu proyecté por entonces una excursión para recorrer a pie la comarca de La Vera, cruzar después el macizo central de Gredos y concluir en Ávila. Casualmente, el día antes de partir encontré en la Cuesta de Moyano un pequeño volumen de pastas azules: era *De su jornada*, fragmentos recogidos por sus discípulos de la obra de Manuel Bartolomé Cossío. Aunque por entonces Cossío era para mí un nombre desconocido, compré el libro y lo llevé a la marcha: la lectura de ese libro, el recorrido de La Vera, la travesía de Gredos, fueron experiencias inolvidables. Seguramente ningún libro me ha influido más. Lo que hasta entonces habían sido intuiciones,

ideas dispersas, empezaron a organizarse. Allí estaba lo que venía buscando. Una cierta idea del hombre, incompatible con cualquier pretensión totalitaria, del «hombre interior», es decir, la persona, el individuo, entendido como único generador de la vida colectiva. Allí estaba también un nuevo concepto de la educación, un nuevo sentido de la religiosidad, de la naturaleza, de la moralidad y el trabajo. Una nueva forma de vivir, en fin. Y, por supuesto, también una visión distinta de la Historia de España: nuestro pasado inmediato dejaba de ser ya aquel conjunto de catástrofes que se nos decía. Había alumbrado, por el contrario, valores olvidados, aunque no del todo perdidos, una tradición que era necesario recuperar si se quería cambiar un presente que resultaba crecientemente inaceptable.

P. Fue entonces cuando comenzaste a relacionarte con la oposición al franquismo.

R. A mediados de los cincuenta, la Universidad, y dentro de ella la Facultad de Derecho, empezaba a ser un foco importante de la oposición al régimen. En la Facultad de Derecho viví el Congreso de Escritores Jóvenes, conocí a Dionisio Ridruejo y presencié los sucesos de 1956. En aquellos años, conceptos como «compromiso» o «autenticidad» pasaron a tener una vigencia real, y desembocaban, inevitablemente, en la oposición a la dictadura. En mi caso, esos conceptos tuvieron una importante dimensión cristiana, en la que se mezclaban Graham Greene y Bernanos, Mounier, Esprit y *El Ciervo*, La Pira y Maritain, Congar y Guardini y, después, Juan XXIII y el Vaticano II. La abnegación de tantos, recordemos a comunistas como Alfonso Carlos Comín, seguramente se explica desde estas raíces. Algunos nombres no deberían olvidarse: Alfonso Querejazu y las Conversaciones de Gredos; José María de Llanos —y José María Díez Alegría— y el Pozo del Tío Raimundo; José María García Escudero, historiador y hombre de cine. Recuerdo especialmente a Federico Sopeña, primero en el Conservatorio de Música en el Palacio de

Bauer, en frente de la Facultad de Derecho, que nos enseñó junto a la gran música europea —oíamos a Mahler o a Bruckner ya en los cincuenta— la música nacionalista española (Albéniz, Granados, Falla, Halffter...), y después en su capilla de la Ciudad Universitaria. Creo que sin la vigorosa cultura cristiana de aquellos años resulta difícil de explicar la dignidad y eficacia con las que se realizaron después cambios decisivos en la vida del país.

P. Cuando terminaste Derecho decidiste hacer oposiciones.

Pertenezco a la primera promoción de Técnicos de la Administración Civil del Estado y durante más de veinte años desempeñé diversos puestos en Ministerios de carácter económico. Allí viví la reforma administrativa de López Rodó, que terminó con ese «feudalismo prebendario» del que ha hablado García de Enterría, y que permitía, por ejemplo, que un funcionario destinado en el Ministerio de Comercio obtuviese, a través de las tasas que los ciudadanos pagaban por las actuaciones administrativas, unos ingresos dos o tres veces más altos que los de otros departamentos. La reforma de López Rodó terminó con mucho de aquello y facilitó que creciese el número de funcionarios con conciencia de que era necesario modernizar el país, acercarnos a Europa, democratizarnos. Como funcionario seguí manteniendo relaciones con la oposición democrática: participé en el Club de Amigos de la UNESCO —que organizó un acto memorable de homenaje a Antonio Machado en Baeza—, fui vicepresidente de la Asociación Española de Administración Pública y fundé, en la Unión General de Trabajadores, con Ignacio Fuejo, Luis Rupilanchas y Ciriaco de Vicente, la Federación Española de Trabajadores de la Administración Pública, la FETAP. Tengo el mejor recuerdo de aquellos años, de la calidad profesional y humana de muchos compañeros de entonces. Además, la montaña, mi afición «institucionista», el Camino de Santiago, los

recorridos por Toledo y por el antiguo Madrid, me depararon entonces excepcionales amigos.

P. Los años setenta fueron los de tu militancia política en el Partido Socialista.

R. Al principio de esa década me parecía que había que «echar el resto» y pasar de «compañero de viaje» a militante comprometido. Formé parte, como ya he dicho, del grupo de cuatro que fundamos la Federación de Trabajadores de la Administración Pública y, vía Paco Bustelo y Nicolás Ortega, entré en el Partido Socialista Obrero Español. Creía que, aunque menos fuerte en la clandestinidad que el Partido Comunista, el PSOE podía ser más flexible, más abierto, hasta más laico y, por ello, más apto para afrontar los cambios que inevitablemente tenían que producirse en España. Mi agrupación socialista fue la de Retiro. Al principio éramos muy pocos, pero luego el Partido y la Agrupación fueron creciendo lentamente. También participé en el I Congreso de la UGT, tolerado, pues el Sindicato no estaba todavía legalizado. Tengo un recuerdo imborrable de las primeras elecciones democráticas, en las que hice campaña en Cuenca apoyando a los candidatos Virgilio Zapatero y Justo Zambrana. Pero antes de que mi partido ganara las elecciones generales abandoné toda actividad política o sindical. No fue tanto desilusión como convencimiento de que las circunstancias habían cambiado, de que la política pasaba a ser asunto de profesionales y que la figura del antiguo militante, incapaz tener una cultura de partido y sin interés ni cualidades para ser hombre público, como era mi caso, resultaba ya algo anacrónica.

P. ¿Qué circunstancias te llevaron a abandonar también tu actividad profesional como funcionario y dedicarte a la Historia?

R. Fue una decisión madurada durante mucho tiempo. Mi afición por la Historia era muy antigua: recuerdo particularmente la fascina-

EGOHISTORIA

ción que me produjeron a comienzos de los años sesenta, cuando preparaba las oposiciones, libros como la *Historia de España* de Pierre Vilar, la *Aproximación a la Historia de España* de Jaime Vicens Vives, y, especialmente, *Conciencia burguesa y conciencia proletaria*, de José María Jover Zamora. Entonces me prometí estudiar Historia cuando sacara las oposiciones, y así lo hice. Después, durante los setenta, fui encargado de curso en la Facultad de Historia y explicaba una sociología adaptada a las necesidades de los historiadores. Reconozco la influencia intelectual que entonces ejerció sobre mí José María Jover. En aquellos años de preparación de mi tesis, en la medida en que el trabajo empírico ponía en cuestión la teorización marxista de la que partía, me replanteé muchas cosas y también decidí cambiar de oficio y ser historiador de profesión, mi vocación más auténtica.

P. Aquella tesis doctoral, que leíste en 1981, estuvo dedicada a la nobleza en la España del siglo XVIII y proponía un verdadero replanteamiento de este siglo.

R. La tesis, dirigida por Jover, llevaba por título *Poder político, economía e ideología en el siglo XVIII español. La posición de la nobleza*, y ofrecía, en efecto, una interpretación de nuestra crisis del Antiguo Régimen muy alejada de la entonces dominante. Frente a la consideración de las reformas ilustradas como un proyecto encaminado en último término a consolidar las estructuras feudales dominadas por la alta nobleza y los grandes propietarios, orientado a «lavar la cara» a la sociedad estamental —«se vogliamo che tutto rimanga com'è, bisogna che tutto cambi»—, yo subrayaba la importancia en la destrucción del Antiguo Régimen español de la política ilustrada, promovida por la monarquía absoluta, al servicio de sus propias necesidades de consolidación y con el apoyo decisivo de una elite perteneciente a la pequeña nobleza. Esta interpretación, opuesta al entonces poderoso paradigma de la «revolución

burguesa», traté después de perfilarla y ampliarla cronológicamente al dirigir el volumen XXX de la *Historia de España* de Menéndez Pidal. A mi juicio, puede afirmarse con rotundidad que la segunda mitad del siglo XVIII, la de la crisis del Antiguo Régimen, y las primeras décadas del XIX, las del inicio del liberalismo, conforman en España, en muchos aspectos, un conjunto historiográfico coherente, de arranque de la contemporaneidad. Reconozco la deuda intelectual que entonces contraí con historiadores como François Furet o Richard Herr. Y aunque no estoy muy seguro de que estas propuestas hayan calado en el conjunto de nuestra historiografía, a pesar de que ya no se habla de «revolución burguesa» sino como siempre lo hizo Artola de «revolución liberal», quizás haya tenido cierta aceptación: David Ringrose y Jesús Cruz Valenciano, pongo por ejemplo, parecen considerar que mis planteamientos acerca del papel de la pequeña nobleza en el Estado de la Ilustración y la explicación de la crisis del Antiguo Régimen en función de un conflicto de elites y no de clases, se anticiparon a una historiografía europea que creo que camina hoy en esa dirección.

P. Junto a la revisión del siglo XVIII, algunos de tus trabajos sobre la «crisis de la Historia» que empezó a percibirse a finales de los años setenta y en los años ochenta, y en particular sobre la fulgurante aparición de la «historia post-moderna», te dieron a conocer entre los historiadores españoles de entonces.

R. En los inicios de mi dedicación profesional a la Historia me sorprendió la escasa atención que se venía prestando a los debates historiográficos. Mucho antes de la caída del socialismo real, era muy visible en el panorama intelectual europeo el malestar ante el pensamiento marxista, presuntamente científico aunque convertido más bien en una escolástica académica que impregnaba el pensamiento universitario. Durante los años ochenta y primeros noventa dediqué varios trabajos a

problemas como el retorno del individuo, el auge de la biografía y la narración, o las aportaciones historiográficas de Paul Ricoeur y Paul Veyne. Por cierto, esa atención a las nuevas propuestas historiográficas no siempre fue bien entendida. Algunos creyeron que me había convertido en un propagandista de la post-modernidad cuando lo que hacía era constatar el deterioro de los modelos deterministas de explicación, y afirmar la capacidad del hombre para protagonizar conscientemente la historia: en fin, la vuelta a Max Weber y su «sociología de la acción». Sólo situándolas en el contexto de la crisis post-moderna, podían entenderse las propuestas de destrucción del proyecto universalista de la modernidad y el fin de los grandes relatos, legitimadores de instituciones y prácticas sociales, políticas, intelectuales o éticas, que se orientaban al futuro, a un proyecto, a una idea que había que realizar. Es cierto, sin embargo, que en aquellos años al tratar estos temas me situaba un tanto a contrapié o, si se quiere, en la incorrección política. Todavía era ampliamente dominante una concepción revolucionaria del cambio social, se veía el Estado como mero instrumento de dominación de clase y la posibilidad de una sociedad autorregulada apenas se contemplaba. Recordemos que en el medio universitario el maoísmo o el trotskismo parecían a más de uno opciones políticas razonables. En fin, la crítica directa al marxismo tenía algo de provocación.

P. En varias ocasiones te has situado, en este sentido, en la estela de los trabajos de Julio Caro Baroja.

R. Tuve la ocasión de conocer personalmente a don Julio y de disfrutar a menudo de su conversación inteligente. Caro Baroja es autor de una obra inmensa, difícil de clasificar, abierta a los más diversos temas, perspectivas y épocas históricas, cuya unidad fundamental se anticipó en buena medida a las tendencias que venimos exponiendo. Aunque se trata de una de las figuras más destacadas del panorama

intelectual europeo de los últimos años, y su obra goza de un reconocimiento general, no parece haber tenido un ascendiente real sobre los historiadores. Caro siempre rechazó las «grandes teorías» y las leyes generales, considerando que la vida debía estudiarse como relato, como narración, y por ello proponía acercarse a las cosas como son y como fueron en cada momento histórico, una realidad indisociable de las personas, con sus intereses, sentimientos y pasiones, patologías incluso, e inexplicable sin tener en cuenta la irracionalidad y el azar.

P. En esta misma línea, has propuesto un replanteamiento de las relaciones entre Historia y Literatura, reconociéndole a ésta, como hacía Balzac al definir la novela como «historia privada de las naciones», un papel no ya evocador sino revelador de la realidad histórica a la que a veces no es capaz de llegar la historiografía.

R. El propio Caro Baroja consideraba la literatura, vinculada a un medio, como una fuente de importancia singular para el conocimiento de la realidad social, y se preguntaba irónicamente si algún brillante antropólogo de tierras nórdicas sería capaz de escribir sobre la burguesía de Madrid algo comparable a *Fortunata y Jacinta*. Para Hayden White, la relación entre Historiografía y Literatura es tan tenue y difícil como la existente entre la Historiografía y la Ciencia. Según Chartier, la Historia no aporta más, ni menos, verdadero conocimiento de lo real que una novela. Y para Paul Veyne, la historia es, sencillamente, una «novela verdadera». Pero incluso dejando al margen el problema epistemológico de la relación entre Historia, Literatura y Verdad, nadie puede negar que, en ocasiones, la aguda percepción de un novelista es capaz de mostrarnos realidades profundas a las que difícilmente accede el historiador. Un caso particularmente destacable sería el de la gran novela de la Revolución Francesa, *Los dioses tienen sed* de Anatole France –libro que prologué para Mondadori–, que anticipó

EGOHISTORIA

en muchas décadas la revisión de la interpretación radical y jacobina que sólo se impone historiográficamente con Furet en el bicentenario de 1989.

P. La preocupación por los debates historiográficos te llevó también a ocuparte de la historia de la historiografía española.

R. Era la consecuencia lógica de lo anterior. He concebido siempre la historia de la historiografía como una disciplina que no debe desdeñar la consideración de los condicionantes externos de la producción historiográfica, pero que está obligada a privilegiar el análisis de ésta. En esa línea se sitúan la «Historia de la Historiografía española» del tomo VIII de la *Enciclopedia de Historia de España*, dirigida por Artola, y posteriormente otros trabajos, sobre la historiografía ilustrada, la historiografía de la Restauración, la del 98, la de la Institución Libre de Enseñanza, la de Ortega y Gasset, el castellanismo historiográfico y los problemas de la enseñanza de la historia.

P. Tu atención a este último tema, la enseñanza de la Historia, se entiende, creo, desde una de las constantes que pueden encontrarse en toda tu obra. Me refiero al compromiso cívico, a tu implicación abierta y activa en los debates que se abren en el espacio público.

R. Creo, en efecto, en el compromiso social del historiador que trata de esclarecer el pasado para una mejor comprensión del presente. Por eso, he tratado de participar, tan modestamente como fuere, en la «esfera pública», es decir, en esa red social donde se intercambian informaciones y puntos de vista que se convierten, como señalaba Habermas, en «opinión pública». Desde mis primeros pasos como historiador, he tenido la convicción de que las transformaciones democráticas que ha experimentado la nación española y su necesaria integración social necesitaban marcos culturales y fundamentaciones históricas. Por otro lado, creo que tiene sentido reivindicar

la historia desde el punto de vista de la lucha por una sociedad abierta, por la primacía de la razón, de la justicia, de la libertad y de la igualdad, tan cruelmente violadas además en ciertos territorios de este país.

En el terreno concreto de la enseñanza de la historia, a mediados de los 90 eran patentes los efectos de un proceso que había empezado unos veinte años antes. Los planificadores de la enseñanza disolvieron la Historia en las Ciencias Sociales, en el «conocimiento del medio» y, al final, la Historia de España fue progresivamente relegada, disuelta en historias regionales. La normativa vigente, escrita en un *langage de bois* tecnoburocrático, oscuro y pretencioso, reconocía nítidamente lo que nos diferencia a los españoles, no tanto lo que nos une e integra. En 1997, la ministra de Educación Esperanza Aguirre presentó un Plan de Mejora de la Enseñanza de las Humanidades, que fijaba como objetivo general de la Historia valorar tanto el carácter unitario de la trayectoria histórica de España como sus diversidades lingüísticas y culturales, pero que, como es bien sabido, fue rechazado en el Parlamento. Si el Plan Aguirre hubiera tenido éxito, y en que no fuera así la izquierda tuvo una grave responsabilidad, hoy probablemente no ya nuestro sistema educativo sino quizá también las circunstancias políticas serían diferentes. Mis intervenciones en este debate intentaron, en primer lugar, situar aquella crisis en el contexto europeo, especialmente en relación con Francia, donde habían tenido lugar antes que en España cambios educativos de efectos muy negativos, pero que, no obstante, nos empeñábamos en importar. También traté de mostrar que el problema de la enseñanza de la Historia, más allá de las transformaciones impuestas por el cambio social en los sistemas educativos, proviene en gran medida de la propia disciplina, de su complejidad creciente y de los efectos de ésta en el profesorado. Pensaba además que la enseñanza de la Historia debe ser defendida de las propuestas

metodológicas de la Pedagogía y la Psicología que, a mi juicio, parecen desconocer tanto la capacidad intelectual real de niños y jóvenes, como, con su desdén por la Historia narrativa, la propia naturaleza de la Historia. Finalmente, criticaba la normativa legal vigente en nuestro sistema educativo, que dificultaba la formación de una conciencia histórica, de una ciudadanía española común, afirmando por mi parte la existencia de una Historia de España, «nación de naciones» si se quiere, pero en todo caso distinta de la suma de la historia de las diversas nacionalidades y regiones que la componen.

P. Otra de las polémicas públicas de los últimos años en las que has intervenido directamente ha sido la del Archivo de la Guerra Civil de Salamanca.

R. Pienso que el Archivo de la Guerra Civil de Salamanca constituye un conjunto coherente, dada su procedencia y la función que desempeñó, y que el Estado español hizo muy bien, tras la muerte de Franco, integrando esta documentación en el sistema público de archivos y poniéndola a disposición de los afectados por la represión, y de los investigadores. En interés de aquéllos y de éstos, habría sido muy conveniente que, si no toda, la inmensa mayoría de la documentación contenida en el Archivo de Salamanca permaneciera unida. Eso fue lo que defendí dentro del Patronato del Archivo y también como miembro de una Comisión de Expertos nombrada por el Patronato y por la Generalitat que trabajó entre 2001 y 2002. En aquella ocasión no fue posible un acuerdo total, aunque las dos partes estuvimos de acuerdo en preservar la integridad del archivo en aquello que justifica su existencia, es decir, la Guerra Civil y la represión franquista. Por desgracia, el actual gobierno, decidido a utilizar el Archivo como moneda de cambio en el mercado político, ha optado por la dispersión de sus fondos y, en último término, por su desmantelamiento.

P. Las discusiones sobre la enseñanza de la

Historia en España en la última década son, por otra parte, uno de los escenarios en los que se han venido planteando los problemas de articulación entre el Estado y la nación de los españoles, que hoy parecen cada vez más agudos.

R. El interés por esta cuestión de nuestro pasado y de nuestro presente arranca de mi estudio de la España ilustrada, una afortunada coyuntura en la que el fortalecimiento del Estado y la construcción de la nación fueron dos caras de un mismo proceso. Después he tratado de analizar las distintas formas del nacionalismo español, especialmente la tradición de nacionalismo liberal, que constituye uno de los principales referentes —reconozco la influencia de Andrés de Blas y de Juan Pablo Fusi— de mi trabajo intelectual. Tengo que manifestar, sin embargo, mi pesimismo ante una situación en la que hoy parecen desvanecerse los ideales de nuestra transición política, se debilita el Estado con los nuevos Estatutos de Autonomía y tiende a desvertebrarse la Nación española. Por ejemplo, la situación de la enseñanza de la Historia, desde la polémica de hace diez años, ha empeorado notablemente. También estimo que el empacho identarista en el que estamos inmersos parte de una tergiversación interesada que confunde pluralismo e identidad y desemboca en la discriminación política, ya que reclamar una identidad étnica como base para la organización política, tal y como hacen los nacionalistas, conlleva la negación del principio político de ciudadanía por igual para todos los habitantes del territorio.

P. En tus últimos trabajos sobre este tema también te muestras muy crítico con las tendencias dominantes en la historiografía española en torno a la cuestión nacional, en particular con los excesos del paradigma constructivista.

R. Mi visión del estado actual de la historiografía española presenta claroscuros. Si se compara con la de hace veinticinco años no cabe duda de que estamos ante un panorama más rico, complejo y variado. Además, la

EGOHISTORIA

realidad ha ido atemperando los radicalismos de entonces y la historiografía ha cambiado lentamente, ampliando sus centros de interés, desprendiéndose de rigidez, «liberalizándose». Pero algunas de las carencias tradicionales continúan sin resolverse: en particular, seguimos sin producir hispanistas *à rebours*, es decir, reputados especialistas en la historia de áreas geográficas no hispánicas, e incluso la tendencia al ensimismamiento se agrava actualmente por la orientación autonómica de muchos estudios, en detrimento de la perspectiva nacional española. Por otra parte, la «cultura del anti-franquismo» sigue erigida en verdadera seña de identidad de una generación, en la que se difuminan las voces singulares. Y por otro lado, han aparecido nuevos problemas, relacionados ahora con un «pensamiento débil» —impacto de la postmodernidad— que encuentra terreno abonado en la crisis del marxismo y del movimiento obrero, de los movimientos sociales en general, relegados por movimientos comunitarios, contruidos desde las «identidades». El desplazamiento de la antaño omnipresente «historia social» por una «historia cultural» ha dado paso a una confusión generalizada, que se manifiesta, por ejemplo, en el alejamiento de las fuentes directas, y en el uso y el abuso de las «representaciones».

Creo que estos problemas resultan especialmente visibles en el tratamiento historiográfico del hecho nacional español. El abuso del concepto de «invención» tiene como efecto si no la negación expresa, sí la reducción en el tiempo de la Nación española que, surgida en Cádiz, diluida con la emergencia de los nacionalismos «periféricos» en el último tercio del siglo XIX, apenas si habrá cumplido tres cuartos de siglo de incontrovertida existencia. Es claro que, de este modo, se abre la vía para la acción política oportunista, con consecuencias imprevisibles en momentos de crisis de sociedades histórica y culturalmente complejas, como el que actualmente vivimos.

P. *¿Cuál sería entonces, a tu manera de ver, la forma más adecuada de abordar este problema?*

R. Mi propuesta consiste en partir de una concepción de la Nación española que integre el enfoque «modernista» —la nación como comunidad cívica de ciudadanos legalmente iguales que viven en un territorio determinado— con una dimensión «perennialista», es decir, la nación como una realidad que se extiende en el tiempo y en el espacio y se encarna en una «patria histórica». Afirmar la antigüedad de la Nación española tiene bases sólidas y no implica «esencialismo» alguno —si por tal entendemos una realidad permanente, invariable o eterna—, ni supone que el nacido español quede «marcado» como tal a lo largo de toda su existencia. España sería, en este sentido, como otras en Europa, una nación «premoderna», una «vieja y continua nación». Por supuesto, esto no implica que la Nación española tenga que constituir un todo homogéneo, sin fisuras, pues puede reconocer en su seno —y así lo hace en alto grado— diferencias étnicas, con consecuencias políticas y económicas muy importantes.

P. *Para terminar, ¿podrías decirnos cuáles han sido tus últimas lecturas?*

R. He terminado de leer recientemente *Sacra Némesis* de Jon Juaristi, *Escritores conversos. La inspiración espiritual en una época de incredulidad* de Joseph Pearce, *Fuga e retorno de Adrián Solovio. Sobre a educación sentimental de un intelectual galeguista* de Ramón Villares y *Los valores literarios* de Azorín.